

# EL DR. JEAN H. THIERRY \*

Miembro Académico de la Facultad de Medicina

— por el Prof. Dr. Carlos Charlín Correa —

**E**L Decano de la Facultad de Medicina, mi buen amigo el Prof. Larraguibel, me ha dado la honrosa misión de recibir al Dr. Jean Thierry, como miembro académico de la corporación.

Es costumbre en estas solemnidades hacer un bosquejo del recipiendario, costumbre arcaica, se dirá, inútil, cortesana, de los tiempos en que se usaba peluca, calzón corto de raso, media blanca y taco rojo.

Sin embargo la costumbre se mantiene y ha vencido al tiempo que todo lo borra y mata, destruye hasta la belleza de las mujeres, ha vencido porque responde a algo profundo en la sociedad humana.

Es necesario de tarde en vez, cuando el caso lo merece, detenerse y juzgar a los vivos, de cuerpo presente, y decir a boca de jarro cosas agradables aunque se hiera la modestia. Hace bien decirlo, hace bien oírlo.

Porque a los vivos generalmente, se les juzga de carrera, la vista nublada por la pasión, por la envidia, a tambor batiente, espaldas vueltas y se les ejecuta así también de espaldas.

Pero es tan agradable la crítica, la sátira; las palabras maliciosas, que como saetas van a clavarse sobre el ausente, tienen un atractivo diabólico.

\* Discurso de recepción pronunciado por el Prof. Dr. Carlos Charlín Correa en Sesión de la Facultad de Medicina en Junio de 1941.

Cuesta en un corrillo no echar un cuarto de espada y decir una gracia con veneno, que recoge el aplauso siempre.

Pues esta reunión es la antítesis de aquellos corrillos malos, perversos y sin embargo simpáticos, con la simpatía que pone en todo Mefistófeles.

Voy a decir cosas agradables pero ciertas, y eso es muy importante, que si no fueran ciertas serían pueriles; ciertas y —cosa también capital—desinteresadas, ya que el Dr. Thierry no es Ministro y no me puede imponer el sacrificio de un viaje en avión a un Congreso científico sobre cualquier cosa, a cualquier país lejano del planeta.

Para decir cosas agradables de un hombre que ha hecho una vida digna y fructífera como el Dr. Thierry, basta recordar las efemérides de sus días.

Para ensalzarlo o abatirlo, no hay necesidad de palabras; basta recordar sus hechos.

Las palabras suenan huecas, los actos resuenan como esas campanas de bronce de las catedrales que siempre están vibrando, aunque nadie las toque. El viento, el sol, el frío, la noche las hace cantar.

Un hecho macizo permanece actuando y tiene repercusiones lejanas insospechadas.

Sigamos al Dr. Thierry en su camino, sigamos la huella de sus pasos en el arenal, donde todos pasan y sólo pocos, los elegidos, dejan la impresión de sus plantas.

El Dr. Thierry nació en Suecia, en la provincia de Skaane, en la finca de Lonstorp, perteneciente a su padre, danés como su madre. Sin embargo, su apellido es francés; su bisabuelo era emigrado del tiempo de la Revolución.

Procede de familia de agricultores, de gente que ha estado durante generaciones en contacto con la realidad brutal de la tierra, del cielo, de los árboles, de los animales, de los hombres. El agricultor tiene por la fuerza de las cosas que ser objetivo, emprendedor, realizador; tiene que ser hombre de acción, de batalla y si no, pierde sus tierras y deja de ser agricultor.

Pues luego veremos presentarse, como distintivo de la personalidad del Dr. Thierry, esas características ancestrales. A la postre los que mandan son siempre los muertos.

El Dr. Thierry abandona su país debido a la plétora profesional; 80 médicos se reciben anualmente para una población de dos millones y medio de habitantes.

Debía escoger entre irse a practicar al campo, a un pequeño villorrio o si se queda en Copenhague y esperar hasta la edad de cuarenta años, para poder formar un hogar.

El Dr. Thierry estaba apurado, quería casarse.

Resolvió emigrar y se casó el mismo día que se embarcó para Chile.

Llega a Chile, a fines del siglo pasado, en 1895, recién ocurrida una revolución con diez mil muertos y en vísperas de la guerra con la Argentina. No conoce a nadie en este pequeño país belicoso, que todavía no termina su contienda civil, cuando se prepara a cruzar la cordillera a reconquistar la Patagonia.

El viene de un país pacífico que goza de una paz centenaria casi, desde la caída del águila napoleónica. Allí ninguna cuestión internacional, ni de política interna perturba el sosiego de la familia dinamarquesa.

Aquí se respira un aire de sangre, de pólvora y se vive en constante zozobra.

Chile es una nación pobre y atrasada; los ricos son escasos y de mediana fortuna; los pobres son innumeros y andan descalzos, con sandalias, con vestidos tirilientos y se llaman orgullosamente «rotos».

En su país todos usan zapatos o botas y medias, medias de lana, ropa interior de lana, trajes de diablo fuerte y en invierno guantes.

Los obreros suelen usar tongos.

Aquí el sábado y el domingo, los pobres se beben el sobrante del trabajo de la semana, el obrero no tiene hogar, abandona a sus hijos y se va con otra mujer y después con otra. Allí el trabajador economiza, todos los sábados guarda el sobrante en una cajuela de madera olorosa y los domingos sale con los suyos al campo. Luego tiene casa propia.

El Dr. Thierry mira a su alrededor y no entiende. Está tan desorientado como si hubiera desembarcado en las playas de una isla de la Polinesia.

¿Por qué viene a Chile?

Por una circunstancia fortuita. La revolución de 1891 le reveló este país anónimo, cuyo nombre ignoraba, y simpatizó con la causa revolucionaria y, nueva casualidad, el crucero *Presidente Pinto* fué a embarcar armas de contrabando en las costas dinamarquesas.

Así es el destino. . . . Dos incidencias absolutamente ajenas al Dr. Thierry, a su familia, a su país, deciden de su destino. El hombre como la mujer es «piuma al viento» cual se canta en la ópera; «piuma» sobre la cual sopla la Providencia.

Cuando pone pie en tierra chilena en 1895, Valparaíso era un puerto chino, formado de un laberinto de callejuelas, con toско adoquín o con piedras de río puntudas, calles mal olientes, inundadas de repente por acequias desbordadas, que dejaban sobre el pavimento los detritos que arrastran las aguas de una población humana. Valparaíso no tenía alcantarillado; ninguna ciudad de Chile, ni la capital, tenían alcantarillado.

A veces, en invierno, Valparaíso sufre la inundación de los torrentes que bajan de los cerros y hacen saltar los cauces e inundan la parte baja de la ciudad, y durante algunas horas Valparaíso es Venecia.

Estas callejuelas eran iluminadas por la luz amarillenta de los escasos faroles de gas, cuando no por la luz mortuoria de chonchones de parafina.

El Dr. mira y no entiende.

En la noche se oían los ladridos y aullidos de los perros vagos de las quebradas y colinas amarillentas que circundaban la ciudad; animales que en el día recorrían las calles en busca de los tarros de basuras, que temprano las dueñas de casa dejaban en la acera en espera del basurero.

Un carretón, arrastrado por mulas, paso a paso, iba recogiendo las sobras de comida, las inmundicias, el guano de los caballos y avanzaba rodeado de un mosquerío infinito, como si se hubieran dado cita todas las moscas del barrio. Pero éstas eran miríadas y asolaban los almacenes, carnicerías, frutas, puestos de vendedores de huesillos con mote que se defendían de esta nube negra movediza e implacable, cubriendo la mercadería con redes finas, especies de mosquiteros. El Dr. conocía las moscas, las había visto por cierto en Copenhague pero de a una, a las pérdidas y ellas despertaban curiosidad

en los niños dinamarqueses, como despiertan en los nuestros las mariposas. Pero este mosquerío abrumador que lo ensucia y envilece todo, que salpica de manchas en un día los vidrios de la casa, que obliga a manejar a oscura el comedor, los dormitorios, el salón. . . . y obliga a estar en constante actitud defensiva y a usar armas de protección matamoscas en forma de rejillas metálicas que se esgrimen con una mano mientras se lee o se come, pulverizadores de flit, papel pegajoso Tangle-foot, que se colocan sobre los muebles o se cuelgan de tiras colgando del techo de las habitaciones, botellas-trampas llenas con vinagre donde las moscas se dan un baño mortal. . . . esa verdadera maldición el Dr. las conocía de oída. Sabía que así ocurría en Alejandría, en Túnez, en Jerusalem. . . . donde estos insectos son un flagelo, una de las plagas de Egipto y causantes de la propagación de la terrible enfermedad ocular, llamada tracoma.

Decíamos que los perros que aullaban en la noche, recorrían la ciudad en el día, animales famélicos, mezcla al azar de todas las razas perrunas existentes, no eran de nadie. Nadie sabía de donde venían, ni como allí habían llegado. A veces, como obedeciendo a una orden se juntaban diez, veinte, treinta. . . . de todos portes, de todos pelos, de los aspectos más inverosímiles y en bandadas cruzaban, en veloz carrera, jadeantes el centro de la ciudad. «Es una leva», le dijeron al Dr. que miraba tan extraño espectáculo. Nunca había visto los perros dueños y señores de una ciudad; de nuevo pensaba en el Oriente, se creía estar en Constantinopla, en la India, en Arabia.

Los canes dinamarqueses cada uno pertenece a una raza determinada, bien precisa, poseen pedigree, tiene sus papeles familiares en orden desde varias generaciones.

Un perro huacho, hijo natural de quien sabe qué perro, no interesa a nadie y no lo compra nadie, pasa luego a ser un perro vago, que cae al poco trotar en la gestapo de la perrera, donde es ejecutado.

Los canes de Copenhague tienen todos dueños, son un objeto de lujo, muy cuidados, usan capas en invierno y hasta a veces sombreritos minúsculos los días de verano, cuando el sol es fuerte; se bañan en la mañana, los peinan, los escobillan y llevan un collar, en el collar una plaquita metálica, y en la

placa su nombre, el nombre del dueño, su dirección, su número de inscripción en la comisaría respectiva y cuando se mueren son enterrados en un cementerio para perros.

En Valparaíso cuando morían, no los enterraba nadie; quedaban tendidos en algún sitio baldío, hasta que el olor denunciaba la presencia del cadáver y hacía ir por él al carretón basurero después de haber apeestado el aire.

También solían vagar por las calles, junto con los canes, niños medios desnudos, que a pata pelada jugaban en medio de la calzada. Esos niños, tampoco se sabía de dónde venían, ni como allí estaban, ni dónde después iban a ir; dormían en la noche, en bandadas, acurrucados en los rincones de las aceras, en las quebradas, debajo de los puentes, como los perros y a veces junto a los perros.

Cuando el Dr. vió a esos niños vagos, se sacó los anteojos, los limpió, se los volvió a colocar y dijo después de un largo silencio: «Esto, yo, no entender», pero tomó la resolución de recoger a estos niños, siquiera a los enfermos. Años después de su llegada a Valparaíso fundaba el Hospital de Niños.

En la noche se oían junto con los ladridos lejanos, unos silbidos muy tristes, largos, interminables, notas plañideras, desconsoladoras, como señales de brujas; eran los «piteos de los pacos», llamada de los policíás que se comunicaban órdenes, a cuerdas de distancia, se pedían auxilio o anunciaban por este medio curioso que no habían abandonado su puesto, que no estaban cabeceando o simplemente con estas flautas infernales se espantaban el sueño.

El Dr. las primeras noches no podía dormir o despertaba sobresaltado con visiones terroríficas: los aullidos de los canes, los silbidos de brujas, o el estruendoso pasar a trote largo de un coche posta, que hacía tiritar los vidrios y estremecerse toda la casa.

Los coches postas del servicio público habían llamado mucho la atención de los viajeros. Tampoco nunca habían visto nada similar en parte alguna, quien sabe si tal vez en las novelas de aventuras; tal vez se encuentren carruajes parecidos en Gil Blas de Santillana. Se llamaban también coches-trompas.

Eran unos furgones oscuros, sin ventanillas, con pisa-deras y asientos muy encaramados, a fin de poder pasar el

río o los esteros sin puente, arrastrados por unos jamelgos que hacían recordar a los pobres caballos de las corridas de toro, condenados a muerte espectacular por viejos e inservibles; héroes de la raza caballar, pero ellos los caballos de posta arrastraban una vida miserable y morían obscuramente y eran conducidos no por magníficos picadores, rutilantes de oro, de cuerpos apolíneos, de corazones intrépidos sino por automedontes zaparrastrosos, descamisados, borrachines, pèrdularios.

Al ponerse en movimiento el vehículo llenaba la calle un estruendo, una sinfonía de ruidos discordantes, formada por el rechinar de las juntas y resortes del coche, los cascos de los caballos, el saltar de las llantas de metal sobre el empedrado, los huascazos, los gritos, los insultos, los chiflidos animadores del cochero, bullicio que de lejos se oía en la noche, al acercarse este carro demoníaco.

Ser comparado a un coche posta era la máxima comparación peyorativa que podía hacerse entonces en Chile, a comienzos del siglo XX o fines del siglo XIX.

«Es usted un coche, un cochero o un caballo de posta» era gravísimo insulto.

El Dr. y su señora, al bajar a tierra del vapor, se trasladaron del muelle al hotel en uno de estos carrromatos. Los viajeros creían, entre tumbo y tumbo, gritos, huascazos y rechinar de fierro, que los llevaban al cadalso.

Las casas, aún de los ricos, eran incómodas, con pretensiones de señorío; había escalas de mármoles, salones múltiples, salitas, antesalas, pero dormitorios oscuros, «ratoneras» sin luz directa; había estatuas pero no había baños; heladeras en invierno porque no tenían calefacción, conservatorios en verano, por el techo de zinc sobre el cual golpeaba el sol durante ocho meses seguidos.

Eso eran las casas de los poderosos. El extranjero recién llegado conoce también las casas de los pobres, visita los conventillos y queda espantado.

El Dr. Thierry venía de Dinamarca, pequeño país que iba a la cabeza de la civilización.

En ninguna parte se vivía con más confort.

Las casas burguesas sin ninguna pretensión, tienen todo lo necesario para hacer agradable materialmente la vida; tem-

peratura tibia, ambiente acogedor, plantas, cuadros, cortinas claras; cuando se ve al través de las grandes ventanas, caer la nieve y volar los cuervos, la chimenea chisporrotea. Temperatura fresca en veranos templados, en villas rodeadas de jardincitos, con enredaderas que mitigan la luz, todo modesto, pero alegre y confortable; viviendas hechas para tales inviernos y tales veranos.

El médico extranjero viene de ciudades de libro, con calles iluminadas a giorno, pavimentadas a la perfección (tal como son nuestras calles hoy día), con grandes avenidas de árboles magníficos y jardines cuidados con primor, parques principescos, regalados a las ciudades por los príncipes reinantes.

Ciudades, centros milenarios de cultura, con grandes teatros, grandes conciertos, con sociedades corales, con academias de baile, formados por jóvenes y niñas de la sociedad.

Ciudades con alrededores de idilio, con bosques, ríos, lagos que invaden todos los domingos, cien mil, doscientas mil personas.

Viene de universidades opulentas, con maestros insignes en todo orden de cosas, donde su especialidad alcanza inusitado esplendor bajo el soplo de un genial von Graeff, y llega a un país, a una ciudad donde ni siquiera existe un servicio hospitalario de su ramo.

Y todo es contraste entre lo que dejó y lo que encuentra.

Se queda en Valparaíso. Muy de tarde en tarde, dos semanas en el año llega de pasada la compañía de ópera italiana que actúa en Santiago, o hace más largas temporadas la zarzuela de Pepe Vila, teatro cómico de tercer orden.

El resto del año, un silencio artístico, literario, cultural de muerte. Nada. Ni un concierto, ni una conferencia, ni un curso, el silencio de la nada.

Entonces no había biógrafo, no había radio.

Realmente cree estar en una isla en medio del Pacífico.

Los domingos no se podía salir de la ciudad porque los caminos eran intransitables. Los fundos no se podían visitar porque los hacendados, justamente los domingos se venían a la ciudad.

Estaba aprisionado en Valparaíso. Su amor de la naturaleza, pasión tan fuerte en las almas del norte, sentimiento

insatisfecho en él, junto con la nostalgia de las selvas y de los fiords de las costas escandinavas, lo hace emigrar, todos los años en Diciembre, al sur de Chile.

En medio de un bosque vírgen, construye con los árboles recién tumbados un pabellón de caza, a la orilla del lago Riñihue. Allí, de vacaciones, olvida semanas y meses el pícaro mundo.

Pero la picardía no basta olvidarla para borrarla de la vida.

Durante el invierno, en su ausencia, unos indios vecinos, descerrajan la puerta, entran, juegan, beben, roban y para ocultar el robo, queman la mansión solitaria del bosque.

Es una anécdota que se encuentra repetidas veces en las crónicas de la Conquista.

El Dr. no ha vuelto desde entonces al sur de Chile.

Acompañemos de nuevo al viajero a su llegada a Chile. Desembarca pues en Valparaíso el 8 de Agosto de 1895, después de 52 días de viaje, en un país donde no conoce a alma viviente, no conoce el idioma, no conoce las costumbres.

Cae de la estratósfera y aterriza en la luna. El Dr. Thierry tiene 26 años, única explicación de esta aventura digna de un film.

Llega con su esposa, con quien se había casado, hemos dicho, el mismo día de su partida de Dinamarca.

Yo admiro la temeridad del Dr. Thierry, pero no admiro menos la valentía callada y resignada de su esposa.

La feliz pareja de novios se encontró con el cuadro que acabamos de bosquejar.

Los que por su edad conocieron esos tiempos, darán fe que nada he exagerado. ¡Qué mudanza entre el Chile de ayer y el de hoy! Es un cambio de decoración como de teatro. Los gobiernos que hicieron o siquiera hicieron posible ese milagro, merecen, por lo menos nuestro respeto.

Yo créo que el Dr. Thierry recién llegado, cuando se impuso de la escena en que iba a actuar, debe haber tenido días muy negros. Y pienso, que su esposa, a pesar de toda su valentía, más de una vez debe haberse tapado la cara con las manos para llorar a escondidas.

Y reunido a todo esto, la pobreza.

El extranjero estaba entregado a sus propias fuerzas y sus fuerzas eran escasas.

Los primeros meses de ejercicio profesional ganó de 70 a 80 pesos mensuales. Era el hambre para cuando llegara el hijo anunciado.

El Dr. Thierry se quedó en Chile, se aferró al suelo, se afirmó el anteojo, enderezó su cara al viento y marchó adelante.

Podría haber cantado entonces el himno de la Falanje Española: «Cara al Sol.» El Sol lo llevaba en su pecho, y lo adivinaba, lo veía en el cielo.

Pues este drama del Dr. Thierry—que no conozco drama más completo, en el destino del hombre que el del explorador, del colonizador y del conquistador—lo hemos sufrido todos nosotros en nuestros antepasados, en el padre, en el abuelo, en el bisabuelo, en un aun más lejano antecesor. Todos los nuestros, por el lado paterno o materno han probado la pócima del destierro y han sufrido largos años de incomprensión, de inadaptación, de rebeldía silenciosa.

¿Cuánto mayor sería la diferencia entre la España del siglo XVII o XVIII y el Chile de entonces, que la diversidad entre Dinamarca y nuestro país en 1895?

El Dr. Thierry demoró 52 días en su viaje.—Mastai Ferretti, el futuro Pío IX partió de Génova en Octubre, llegó a Buenos Aires en Enero y a Santiago en Marzo.

Al principio del siglo XIX la población de Chile era de menos de cuatrocientos mil habitantes, es decir, menos de la mitad de la población actual de Santiago.

De manera que veo en el Dr. Thierry a uno de mis antepasados; él ha hecho ahora lo que ellos hicieron entonces, y respetuosamente me descubro y me inclino, como los hidalgos, chambergo bajo, las plumas tocando el suelo.

Saludo y me inclino así porque esta hazaña del Dr. Thierry y la de ellos, de nuestros muertos, que por primera vez pisaron tierra chilena, revela una resolución heroica y después, ya aquí, una fe inquebrantable y un espíritu de sacrificio, un ardor de trabajo, una constancia en la pena, una modestia en el vivir, una pureza de costumbre que merece toda pleitesía.

Los que se atrevieron a este salto en el vacío, y se lanzaron al abismo de lo desconocido, ojos cerrados, los que prefirieron correr el gran peligro a trueque de mejorar el vivir de su familia, revelan un temple de alma y un fondo de nobleza, que constituyen para estos países de América un orgullo.

Con esta selección, selección impuesta desde la partida, se ha constituido, en gran parte, la sociedad chilena.

Con el Dr. Thierry sorprendemos el proceso de formación de un país, hijo de Europa. Así se han generado las distintas capas sociales: la de los profesionales, de los comerciantes, de los industriales, de los agricultores, de los obreros. . . . . y antes, en los siglos XVII y XVIII, la de los empleados de la monarquía de Madrid, la de los militares del Rey.

Ese orgullo debemos tener: nuestros antepasados fueron valientes y resueltos, y porque eran resueltos y valientes vinieron a América. Indudablemente que sólo llegaron a Chile, traspasando la Cordillera o el Cabo de Hornos, sólo los más locos de estos intrépidos.

El Dr. Thierry trae como capital un buen bagaje de conocimientos: se había recibido de médico con la promoción N.º 1 entre 80 candidatos. Había estudiado con el Profesor Grut, en Copenhague, después en Londres, en el Royal Ophthalmic Hospital, en el London Central Eye.

Este extranjero, arbusto del norte transplantado a distinta tierra y clima, se agarra al suelo y echa raíces.

Luego le fué ofrecido un servicio hospitalario de Oftalmología, por el Dr. Talavera, en el Hospital San Juan de Dios, y después recibió el Servicio del Dr. Olof Page, en San Agustín.

Se conquista a los enfermos del hospital, a sus colegas, este gringo raro, que nadie entiende.

La clientela hospitalaria pregona sus aciertos y forma insensiblemente su clientela particular, modesta al principio, mejor después y envidiable al fin.

Nadie duda, ni los pobres, ni los ricos, ni los colegas, ni los conocidos, de su seriedad, de su competencia, de su honradez, del espíritu con que hace las cosas; aunque a veces es brusco y trata a la baqueta a la gente, se conquista la gente.

En esto estaba cuando en 1906, el 16 de Agosto, a las ocho, por una noche plácida, se abate sobre Valparaíso un cataclismo, el terremoto célebre.

El Dr. Thierry queda sin casa; su hogar está hecho escombros: está arruinado.

El arbusto se dobla al vendaval y luego se endereza y vuelve a crecer.

En cuanto se despeja su situación personal se preocupa del interés general.

En Valparaíso no hay hospital de niños; se dice, se comenta, se lamenta. . . . El Dr. Thierry con la señora White de White, proyecta la construcción de un Hospital de Niños; se forma una sociedad para llevar a cabo este proyecto en 1905, en que colaboran los doctores Page y Trumbul y sus esposas. Se reúnen penosamente los fondos cuando llega como trueno el terremoto, que deshace en un segundo todo lo hecho. Sólo en 1913 se abre la consulta del Hospital, sólo en 1919 se reciben enfermos hospitalizados. Mediaron 14 años entre la iniciación de la gran obra y su terminación. Hoy día, 20 años después, se han dado gratuitamente más de un millón y medio de consultas, se han efectuado más de 13 mil operaciones, se han hospitalizado cerca de 20 mil niños, se han distribuido más de 12 mil litros de leche, más de 16 mil kilos de harina. Las entradas alcanzan hoy a 600 mil pesos anuales. Posee un edificio propio de valor de más de un millón de pesos.

He aquí un hecho macizo que canta, día y noche como las viejas campanas de las catedrales.

Nota la falta de un personal intermediario, entre el médico y el enfermo. Crea una escuela de enfermeras en 1919. El primer año concurren sólo seis alumnas. La enseñanza la dan varios médicos, entre ellos el Dr. Juan Espic, cofundador de la escuela. Hoy se han recibido más de cien enfermeras, en cuya preparación han contribuido también enfermeras danesas, contratadas especialmente.

Todo esto es hijo del esfuerzo particular, hijo a su vez del entusiasmo, de la tenacidad, del prestigio del Dr. Thierry.

Junto con los doctores Hagnauer y Enrique Sepúlveda de respetable memoria y el Dr. Tuyl forma el centro oftalmológico más importante de la República, al cual acuden enfermos de las provincias del norte y aun de Santiago y del sur.

En 1928 funda la primera Sociedad Chilena de Oftalmología y es su presidente perpetuo.

Es un creador y un conquistador.

Tiene físico, modos, temple, carácter de guerrero invasor.

Antes de conocer en Chile al Dr. Thierry lo había visto me parece, en un cuadro de Alberto Durero, de Granach o de Holbein, el pintor de Lutero. Lo había encontrado en

alguna sala del Museo de Berlín, de Dresde o en la Pinacoteca de Múnich. Es que su bisabuelo materno era alemán, el novelista de renombre Gottlob Müller. Algún antepasado suyo debe de haber sido hugonote y hecho la guerra con el general Wallenstein, cruzando el Santo Imperio a marchas forzadas o a galope tendido desde el Mar Báltico, de aguas verdes y cielo ceniciento, hasta la Selva Negra, y otro debe de haber sido quizás guardia del Emperador Federico Barbarroja.

Por su ascendencia danesa tiene también sangre guerrera. Sus compatriotas eran agricultores y marinos, pero cultivaban la tierra mirando el mar; cuando venían los años malos se embarcaban, pero se embarcaban con la daga, la lanza, las flechas y el escudo, y desembarcaban donde quería el viento. Tierra que pisaban la ocupaban armas en la mano, y así invadieron la Bretaña francesa, la Gran Bretaña, las costas del Atlántico y llegaron hasta la Islandia y la Groenlandia.

Si en vez de llegar a Chile en 1895 hubiera llegado en 1695, llevaría cota de malla, usaría morrión, gran espada, como lo había visto yo antes de conocerlo, y no delantal blanco, máscara de hilo y bisturí.

En lugar de construir un hospital habría levantado un fuerte a la orilla de la playa para impedir la entrada de los corsarios a la bahía de Valparaíso.

Este guerrero sajón va de conquista en conquista.

Se conquista:

A sus colegas que lo nombran presidente de la Sociedad Médica en tres períodos, Sociedad de la que fué socio fundador en 1913.

A sus compatriotas, que lo nombran presidente perpetuo de la Sociedad Dinamarquesa de Beneficencia, desde su fundación en 1911, Cónsul de Dinamarca en 1904, después Decano del Cuerpo Consular.

A la Beneficencia, que lo inviste del cargo de Director del Hospital Salvador, y le otorga junto con su señora el Premio de la Virtud en 1933.

A la ciudad, que lo nombra ciudadano ilustre de Valparaíso.

Hoy conquista a la Facultad de Medicina de Santiago. La corporación docta le abre sus puertas y tengo el honor de esperarlo en el umbral y decirle:

«Sed el bienvenido; ojalá, todos los extranjeros que llegan a nuestras playas y forman su hogar entre nosotros, sean como vos y nos traigan las virtudes de la raza europea, la sal de la Tierra, y vengan a sembrar la semilla dorada del bien y no la cizaña roja del odio, o negra de la muerte..... ¡Sed el bienvenido!»